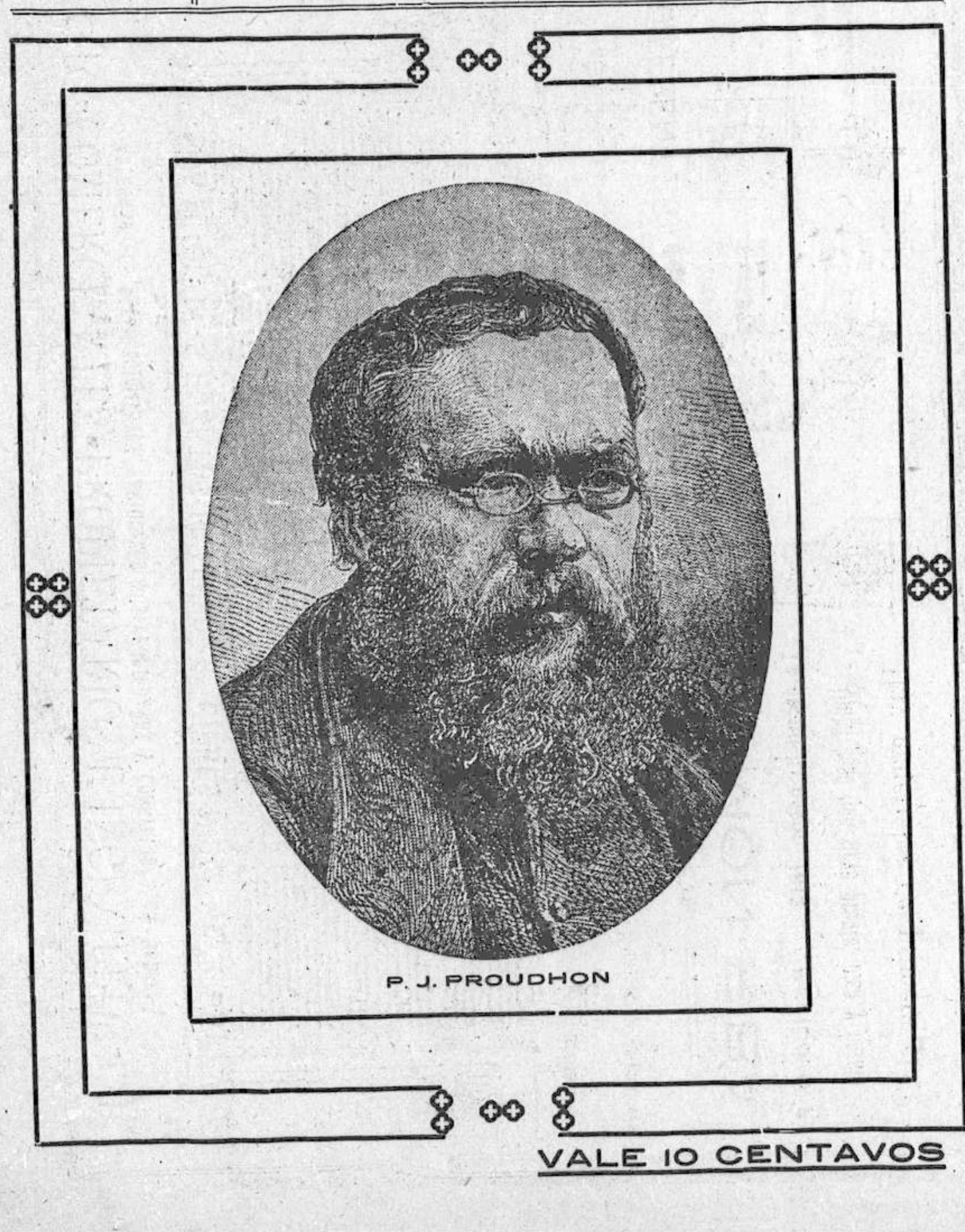
Ariete

REVISTA SOCIOLOGICA

ORGANO DE LA "CASA DEL OBRERO MUNDIAL"

Registrado como artículo de 2a. clase el 26 de octubre de 1915

ETAPA I | México, 14 de noviembre de 1915 | NUM. 5



P. J. PROUDHON

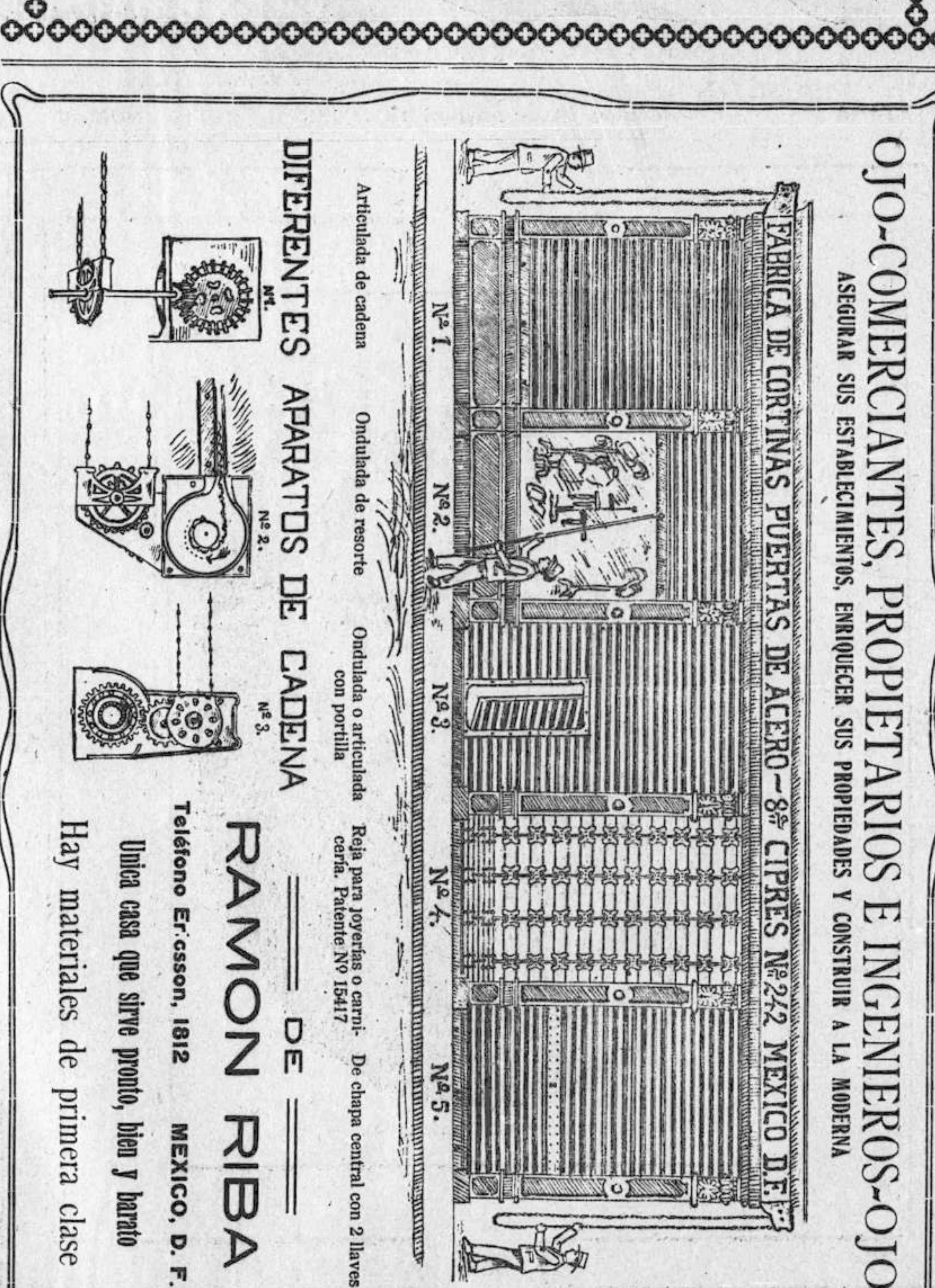
VALE 10 CENTAVOS

TABAQUERIA "COLON"

Bajos del Teatro "Colón" **4a. Bolívar**

Gran surtido de puros extranjeros y del país. Precios de fábrica. Abierta desde las 8 a. m. hasta la 1 p.

Propietario: ENRIQUE DALMAU



ARIETE

REVISTA SOCIOLOGICA

ORGANO DE LA "CASA DEL OBRERO MUNDIAL"

ETAPA I | México, 14 noviembre de 1915 | NUM. 5

11 DE NOVIEMBRE

En el momento que escribimos las presentes líneas, se verifica en la Casa del Obrero Mundial una velada conmemorativa de la muerte de cinco de nuestros compañeros de lucha, de cinco precursores de los mejores tiempos a que aspira el proletariado mundial.

La reseña de esa tragedia obrera ha sido hecha sinnúmero de veces en el curso de los 28 años que han pasado desde que tuvo lugar, y los compañeros que han seguido el movimiento obrero están al corriente de los hechos.

Sin embargo, recordarémoslos de una manera breve, ya que se habrá hecho más extensamente en el acto conmemorativo de que hablamos.

El 1º de mayo de 1886, iniciése en Chicago el primer ensayo de huelga general. Dicho movimiento había sido preparado por las asociaciones obreras, muy bien organizadas, del Estado de Illinois, y tomó gran importancia desde los primeros momentos. Sin embargo, algunos obreros de varias fábricas no respondieron al llamado de sus compañeros de explotación, y se organizaron manifestaciones que recorrieron la ciudad para presentarse ante las fábricas cuyos obreros siguieron trabajando.

Estas manifestaciones eran pacíficas y hubieran seguido siéndolo sin la intervención de la policía, cuyos sabuesos agredieron a los trabajadores de la manera más brutal.

Publicábase en Chicago un órgano de lucha obrera, redactado en su mayor parte por compañeros anarquistas alemanes. *The Alarm (La Alarma)*—así se titulaba dicha publicación—publicó al día siguiente artículos muy violentos, para protestar contra la brutal agresión de los *Pinkerton*, nombre de una agencia policíaca especialmente dirigida contra todo movimiento obrero y que proporciona a los capitalistas ejércitos de rompe huelgas y espías encargados de vigilar a los trabajadores en las fábricas. *The Alarm* convocó a los trabajadores a una nueva manifestación, para el día dos; el artículo estaba firmado por Parsons, un compañero americano, socialista gubernativo, y recomendaba la calma y la cordura. Verificóse la manifestación y a pesar de que fue pacífica, los *Pinkerton* usaron otra vez de la brutalidad, resultando varios muertos en la refriega. Entonces un compañero de *The Alarm* escribió un artículo diciendo que el pueblo debía asistir al día siguiente a las excequias de las víctimas sacrificadas por la policía; pero que «no fueran allá con las manos vacías», sino decididos a repeler los ataques de los esbirros.

El 3 de mayo tuvieron lugar los entierros y la manifestación fué imponente; pero los criminales policías no podían conformarse con ello y, en formación militar, en rangos apretados, lanzaron una columna contra los trabajadores. Fué entonces cuando una bomba estalló entre los rangos de los esbirros, matando e hiriendo a varios.

Naturalmente se hicieron multitud de arrestos y entre los prisioneros se contaba toda la redacción de *The Alarm*.

Tras un largo proceso, en el cual fue demostrado que el autor de la explosión era desconocido, nuestros compañeros fueron sentenciados a muerte, unos, y a presidio perpetuo los demás. Los que debían pagar con su vida la sangre policíaca fueron Parsons, Spies, Ling, Fielden y Schowb, todos alemanes, salvo el primero; propagandistas convencidos, viejos luchadores y organizadores del movimiento sindicalista en los Estados Unidos, por lo cual *debían* ser sacrificados a pesar de de no haber sido autores materiales del hecho.

El 11 de noviembre de 1887 fueron ahorcados en la cárcel de Chicago, salvo Ling, quien había burlado a sus verdugos, haciéndose volar la cabeza con un cartucho de dinamita la víspera del día señalado para su ejecución.

Al morir Spies pronunció estas palabras: «Salud, tiempo del silencio, más potente que la palabra que ahogan por la muerte».

Estas palabras fueron proféticas, porque el proceso y el sacrificio de nuestros compañeros tuvieron eco en el mundo obrero de todo el orbe.

En efecto, para hacer fecunda la muerte de nuestros precursores, organizáronse innumerables sociedades obreras en todos los países, y al conmemorar la fecha del 11 de noviembre, la Casa del Obrero Mundial quiere también traer su grano de arena a la obra que el proletariado entero sigue edificando para su emancipación social.

La velada que se está verificando será no solamente la conmemoración de la muerte de los compañeros de Chicago, sino también la primera sesión del Ateneo Obrero que nos proponemos fundar en esta capital, para la mayor ilustración de los obreros.

Daremos en nuestro próximo número una amplia información de la velada y de la organización del Ateneo Obrero, que no será otra cosa que una Universidad Popular puramente obrera, en la que se discutirán problemas sociales y se darán conferencias instructivas.

Octavio Jahn.



GESTOS INUTILES

IV

¿Cuál es el fin del militarismo? ¿A qué tarea son destinados los innumerables ejércitos levantados en los países donde impera el militarismo? La guerra, y nada más que la guerra.

Y somos testigos del terrible y pavoroso significadó que encierra esta palabra: guerra.

Desde un año y cuatro meses a esta parte, la guerra se hace en más de la mitad de Europa. Unos catorce millones de hombres han desertado de los campos, los talleres, las fábricas; han abandonado la producción útil, el gesto creador que alimenta, aloja, viste y recrea, para empuñar el arma que destruye, que devasta y mata.

Para destruír y matar en mayor escala y más arteramente, el hombre se ha hecho pájaro, se ha convertido en pez: surca los aires y siembra el incendio, la ruina, la muerte, en un gesto trágico, a través de los campos, los villorrios, las ciudades.

Nadando debajo de las aguas, acecha el paso de buques cargados de pasajeros de todas edades y, arteramente, precipita infantes, adultos y ancianos de los dos sexos en el fondo del abismo de los mares.

Las vías férreas son minadas para que al pasar los trenes una horrenda explosión destroce a los pasajeros; y en el fondo de las aguas, llevadas por las corrientes, otras minas infernales amenazan a las embarcaciones que surcan la superficie.

El hombre se ha vuelto pájaro y pez, decimos; pero se nos olvidaba que también se ha hecho topo. Cavando agujeros, zanjas, galerías, trata de avanzar oculto a la vista, hacia otros hombres, para volarlos, aniquilarlos.

En la superficie de la Tierra, en el subsuelo, en los aires y en las aguas, millones de hombres están haciendo esfuerzos colosales, trabajos gigantescos, gestos múltiples y variados, que abarcan toda la ciencia; pero estos gestos no son productivos, sino destructivos; no son útiles, sino nocivos, porque toneladas y más toneladas de hierro, acero, cobre, aluminio, son labradas para servir de instrumentos de muerte y de destrucción. La ciencia del ingeniero se aplica a confeccionar y perfeccionar máquinas de sorprendente delicadeza y precisión, con el sólo fin de destruír y de matar. El químico arranca sus secretos a la Naturaleza para que combinaciones de gases y substancias destruyan edificios y asfixien seres humanos.

Y más de media humanidad está ahora trabajando en toda la tierra para enviar a los ejércitos que luchan provisiones de todas clases: vestuario, armas, pólvoras, explosivos, ferrocarriles, barcos, aereoplanos. Media humanidad ha trabajado durante años y años para alimentar, vestir, alojar, a millones de hombres que hacían el aprendizaje del arte de matar. Media humanidad ha trabajado para acumular montañas de hierro, acero, cobre, aluminio, para tranformar estos metales en fusiles, bayonetas, cañones, trenes blindados, acorazados, submarinos, aereoplanos e instrumentos científicos.

Y esta fabulosa suma de esfuerzos, trabajos y estudios, todos estos gestos con un solo fin: la guerra.

Basta señalar ese fin absurdo de tantos gestos inútiles para condenar el militarismo a la execración de los hombres.

Basta contemplar los estragos y las ruinas que la guerra engendra para darse cuenta de la abundancia y del bienestar que reportarían a la humanidad esos gestos aplicados a una producción útil.

En vez de tantas ruinas, ¿cuántas casas higiénicas se construirían?

En vez de tantos fusiles y cañones, ¿cuántas máquinas productoras, útiles, benefactoras, serían puestas a disposición de los trabajadores, aliviando sus esfuerzos y cambiando su actual trabajo penoso en un *sport* agradable? ¿Cuánto más llevadero sería el trabajo si los millones de hombres que se están matando dejaran el fusil, el cañón, el instrumento de muerte, para empuñar la herramienta, dirigir la máquina sembradora en los campos o transformadora en los talleres?

Es verdaderamente asombroso lo que el hombre trabaja para acumular tanta ruina y causar tantos dolores, mientras que todos esos gestos inútiles y nocivos podrían transformarse en una fuente de bienestar, de placer y armonía.

¿Cuándo cesará el hombre de ser un «lobo para el hombre?» ¿Cuándo sabrá aplicar los esfuerzos de su industria y de su ingenio a la producción útil, la que garantizaría la paz fundada en la dicha común?

SOUVARINE.

A UN COLEGA

Ha salido a la luz un nuevo semanario, *El Otro Mundo*, y cumplimos con nuestro deber de compañeros de prensa saludándole y deseándole larga vida —aunque desde su primer número se coloca «del otro lado de la barricada» en la que combatimos.

El Otro Mundo, según el artículo en el que se presenta a sus lectores, significa nada menos que España, esa España «que no empaña», noble, caballeresca, grande, tan grande que no cabe en sí, que invade el mundo, que se la encuentra en todas partes y se la encontrará en todos los tiempos venideros....

Vaya, vaya; lástima que ese lirismo, ese himno a España, no pueda conmover sino a los españoles; porque en lo que toca a los otros pueblos.... el cántico les resulta una cantilena, y en cuanto a nosotros, inconoclastas, tan ateos en patriotería como en religión, nos resulta una lata.

Hemos leído, en efecto, cosas semejantes en autores de todas las naciones; sabemos que cada nación es el «ombligo de la tierra»; que es



Todos los adagios son generalmente aceptados como verdaderos apotegmas y es costumbre, cuando se quiere exponer algo que a fuer de sencillo resulta vulgar, recurrir a sentencioso proverbio.

Así, para significar algo interminable, decimos «Es más largo que la esperanza de un pobre».

Pero en este mundo no hay nada tan inconsistente como las verdades que por su origen remoto son consideradas como axiomáticas.

Muchos de los refranes con que Sancho Panza quería envolver a su señor, están en boga todavía; pero el tiempo, y la experiencia, que es la madre de la ciencia, han quebrantado ya gran parte de las sentencias que debido a la rutina del vulgo habían llegado a la categoría de artículos de fe.

Las revoluciones de todas épocas se han distinguido por su espíritu demoledor, y su piqueta atacó siempre con preferencia las afirmaciones momificadas.

Muchos de los supersticiosos aforismas cedieron al embate de las nuevas concepciones populares, y actualmente asistimos al entierro de una de estas frases hechas.

Los que antes no poseían más caudal que la esperanza, comprendieron que de ellos dependía el cambio de suerte que deseaban, puesto que además de ser mayoría, eran los más aptos, y despojándose un día de la apatía que los tuvo encadenados por tantos siglos al carro de su infortunio, consiguieron, haciendo un pequeño esfuerzo, que se trocaran los papeles.

Y ahora vemos que los productores de la riqueza colectiva ya no esperan, sino que a gran prisa ejecutan, encomendando a su actividad la realización de sus deseos.

En cambio los eternos privilegiados sufren ahora continuos desengaños que son, a no dudarlo, el preludio del final de su reinado.

Pero encariñados con la idea de que sus goces debían ser eternos, no pueden conformarse con su derrota, y así vemos que después de cada nuevo descalabro, cuidan con más ardor sus ilusiones.

Y cegados por sus ansias de predominio, no cabe en su cacumen la posibilidad de un mundo sin prerrogativas para nadie.

Por eso creemos que el antiguo refrán ha muerto y de hoy en adelante en vez de decir «más largo que la esperanza de un pobre», todo el mundo dirá «inagotable como el afán de un potentado».

La revolución ha estado asestando a los enemigos del pueblo golpe tras golpe, y ellos, empeñados en no darse nunca por vencidos, recurren a todos los medios para defenderse, pero tan torpemente, que aunque los jesuitas les hayan dicho que sus consejos son de resultado infalible, nosotros, menos apasionados, les auguramos que lo único que conseguirán será sumirse cada vez más en el lodazal de sus desprestigios.

Si no fueran tan profundamente nescientes, ya se habrían dado cuenta de que la restauración por ellos ansiada, es completamente irrealizable, pues se necesita tener una buena dosis de necedad para creer que mientras el progreso avanza en todas partes, aquí tengamos que permanecer estacionados sólo por que así conviene a los intereses de la clase parasitaria.

Pero ellos se han propuesto batir el récord de la estulticia y poseen para lograr sus propósitos la terquedad del asno.

No se crea que al hacerles estas advertencias es nuestra intención disuadirlos de que vayan por mal camino, pues a nosotros nos interesa que sigan por él para que se estrellen cuanto antes, que es lo que sinceramente deseamos y todos nuestros esfuerzos tenderán a ayudarlos en tan provechosa tarea.

Además, sería mucha pretensión de parte nuestra intentar apear de su burro a un reaccionario, pues esto sería para nosotros más difícil que domesticar una ostra.

No sean tan descontentadizos, y confórmense con la relativa satisfacción que les proporcionan los rumores que sus correligionarios más ingeniosos inventan y hacen circular con misteriosos aspavientos, mientras las falanges libertarias los echan de sus últimos reductos.

Sigan soñando en la dulce satisfacción del desquite que no han de conseguir y tengan la seguridad de que los acompañamos en el sentimiento.

Como única gracia que nos es dable conferirles, seguiremos respetando sus derechos y no les impediremos que hagan uso del supremo recurso de los vencidos.

Reconocemos que sería injusto no concederles el derecho al pataleo.

JUAN TUDÓ.

---

un pozo de sabiduría, el templo del arte, la cuna de la ciencia, la antorcha de la civilización, etc., etc.

Cada nación, al decir de sus nacionales, precede a las demás en la senda del progreso, las supera en arte, ciencia, cultura; es más grande, noble, gloriosa y muchas cosas más.

Inglaterra, «for ever», perdurará siempre; «Dios protege a Francia», según rezan las monedas; Alemania está «uber alles», es decir, encima de todas las demás naciones, y todas las demás tienen lemas tan orgullosos.

Lo cual engendra un dulce escepticismo en el hombre que ha visto el mundo y que algo piensa.

En lo que concierne a España, todos los españoles no entonan el mismo hosanna que el amigo Florisel, como lo demuestran las siguientes citaciones.

Ramón de Torre Isunza, en su libro «La Verdad a S. M. el Rey» (1902), habla de España como de una «nación que murió» y no es sino una «sociedad corrompida con un régimen político corrompido».

«Somos muy poco alejados, dice, de un estado de verdadera barbarie, apenas modificado exteriormente por la imitación de costumbres extranjeras».

En *El Correo*, de febrero de 1901, se lee: «Todo es podrido en nuestra infortunada patria. Ni tiene gobierno, ni cuerpo electoral, ni ejército, ni armada, ni verdaderos partidos políticos. Todo es en ella (España) ficción, decadencia, ruina».

El mismo periódico dice en abril

Concluye en la página 12.

NUESTRA PORTADA

DEL LIBRO "¿QUE ES LA PREPIEDAD?"

Si tuviese que contestar a la siguiente pregunta: *¿Qué es la esclavitud?* y respondiera en pocas palabras: *Es el asesinato*, mi pensamiento se aceptaría desde luego. No necesitaría de grandes razonamientos para demostrar que el derecho de quitar al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un derecho de vida y muerte, y que hacer esclavo a un hombre es asesinarlo.

¿Por qué razón, pues, no puedo contestar a la pregunta *qué es la propiedad*, diciendo concretamente *la propiedad es un robo*, sin tener la certeza de no ser comprendido, a pesar de que esta segunda afirmación no es más que una simple transformación primera?

Me decido a discutir el principio mismo de nuestro Gobierno y de nuestras instituciones, la propiedad; estoy en mi derecho. Puedo equivocarme en la conclusión que de mis investigaciones resulte; estoy en mi derecho. Me place colocar el último pensamiento de mi libro en su primera página; estoy también en mi derecho.

Un autor enseña que la propiedad es un derecho civil, originado por la ocupación y sancionado por la ley; otro sostiene que es un derecho natural que tiene por fuente el trabajo; y estas doctrinas tan antitéticas son aceptadas y aplaudidas con entusiasmo. Yo creo que ni el trabajo, ni la ocupación, ni la ley, pueden engendrar la propiedad, pues ésta es un efecto sin causa. ¿Se me puede censurar por ello? ¿Cuántos comentarios producirán estas afirmaciones?

¡La propiedad es el robo! ¡He ahí el toque de rebato del 93! ¡La turbulenta agitación de las revoluciones....! .

Tranquilízate, lector; no soy, ni mucho menos, un elemento de discordia, un instigador de sediciones. Me limito a anticiparme en algunos días a la historia; expongo una verdad cuyo esclarecimiento no es posible evitar. Escribo, en una palabra, el preámbulo de nuestra constitución futura. Esta definición que te parece peligrosísima, *la propiedad es el robo*, bastaría para conjurar el rayo de las pasiones populares si nuestras preocupaciones nos permitiesen comprenderla. Pero ¡cuántos intereses y prejuicios no se oponen a ello!.... La filosofía no cambiará jamás el curso de los acontecimientos: el destino se cumplirá con independencia de la profecía. Por otra parte, ¿no hemos de procurar que la justicia se realice y que nuestra educación se perfeccione?

¡La propiedad es el robo....! ¡Qué inversión de ideas! *Propietario y ladrón* fueron en todo tiempo expresiones contradictorias, de igual modo que sus personas son entre sí antipáticas; todas las lenguas han consagrado esta antinomia. Ahora bien: ¿con qué autoridad podréis impugnar el asentimiento universal y dar un mentís a todo el género humano? ¿Quién sois para quitar la razón a los pueblos y a la tradición?

¿Qué puede importarte, lector, mi humilde personalidad? He nacido, como tú, en un siglo en que la razón no se somete sino al hecho y a la demostración; mi misión está consignada en estas palabras de la ley: *¡habla sin odio y sin miedo; di lo que sepas!* La obra de la humanidad consiste en construir el templo de la ciencia, y esta ciencia comprende al hombre y a la Naturaleza. Pero la verdad se revela a todos, hoy a Newton y a Pascal, mañana al pastor en el valle, al obrero en el taller. Cada uno aporta su piedra al edificio y, una vez realizado su trabajo, desaparece. La eternidad nos precede, la eternidad nos sigue; entre dos infinitos, ¿qué puede importar a nadie la situación de un simple mortal? Olvida, pues, lector, mi nombre, y fíjate únicamente en mis razonamientos. Despreciando el consentimiento universal, pretendo rectificar el error universal; apelo a la conciencia del género humano, contra la opinión del género humano. Ten el valor de seguirme, y si tu voluntad es sincera, si tu conciencia es libre, si tu entendimiento sabe unir dos proposiciones para deducir una tercera, mis ideas llegarán infaliblemente a ser tuyas. Al empezar diciéndote mi última palabra, he querido advertirte, no incitarte; porque creo sinceramente que si me prestas tu atención obtendré tu asentimiento. Las cosas que voy a tratar son tan sencillas, tan evidentes, que te sorprenderá no haberlas advertido antes, y exclamarás: «No había reflexionado sobre ello». Otras obras te ofrecerán el espectáculo del genio apoderándose de los secretos de la Naturaleza y publicando sublimes pronósticos; en cambio, en estas páginas únicamente encontrarás una serie de investigaciones sobre lo *justo* y sobre el *derecho*, una especie de comprobación, de contraste de tu propia conciencia. Serás testigo presencial de mis trabajos y no harás otra cosa que apreciar su resultado. Yo no formo escuela: vengo a pedir el fin del privilegio, la abolición de la esclavitud, la igualdad de derechos, el imperio de la ley. Justicia, nada más que justicia: tal es la síntesis de mi empresa; dejo a los demás el cuidado de ordenar el mundo.

P. J. PROUDHON.

LAS IDEAS EN EL TEATRO

No serán *Los Condenados* los que harán inmortal al gran cultivador del teatro idealista, pues al escribir este drama, don Benito Pérez Galdós se apartó demasiado de su propio estilo, y aunque sus personajes están revestidos del simbolismo que tan maravillosamente sabe crear, se descubre en muchas de las escenas culminantes, la preocupación de la teatralidad, que perjudica muchas veces el mérito artístico de la obra, quitándole la naturalidad, que es el alma del arte.

De todos modos la obra gustó, pues además de las primicias literarias que contienen los floridos diálogos, encierra un fondo de profunda y humana moral, de dulce y piadosa filosofía, enseñándonos a ser indulgentes con las debilidades y los errores agenos, pues no hay ninguna falta que no sea disculpable ante los ojos bondadosos de la tolerancia.

Concluye en la página 9.

LA LIMOSNA

En los bolsillos de sus camaradas de oficio y vagabundaje, *Pulgón* acaba de dejar sus últimos centavos y, como la noche se insinúa ya en el horizonte y es imposible encontrar un solo mortal que quiera dejarse embetunar los zapatos, el pillete camina pensativo a lo largo de la avenida.

El almuerzo había sido poco menos que nulo aquella mañana, a causa del maldito juego y las pocas ganancias que le proporcionó el día lluvioso, y su estómago empezaba a reclamar a voces alguna cosa con qué entretener la voracidad de su apetito.

Inútil es que registre sus bolsillos y hurgue en los compartimentos del cajón, entre los cepillos, las ceras y los betunes: los sueldos se han evaporado y el problema de la cena se presenta de difícil cuando no imposible solución.

Pulgón se rasca la cabeza y enrolla su oreja derecha, nervioso, preocupado. Por fin toma una resolución heroica y se pasea tranquilamente por las aceras llenas de multitud, a pesca de colillas.

La avenida de Mayo ofrece el espectáculo de sus cafés confortables, profusamente iluminados, desbordando consumidores hasta el cordón de la calle; el tráfago endiablado de los carruajes que se cruzan, persiguiéndose como un desfile interminable; la aglomeración de transeúntes que se estorban unos a otros; el vértgo de las urgencias y el vocerío estridente y confuso de los vendedores de periódicos, que pregonan los diarios de la tarde, comentando a su gusto las noticias políticas y los telegramas del extranjero.

El acostumbra a esperarlo todo de la bendita Casualidad; pero esta vez pasan las horas, la esperada casualidad no se presenta, y el muchacho empieza a sentir un raro movimiento en el vientre, que le habla con elocuencia de la necesidad de comer.

El muchacho, perdido entre la multitud, salvando, esquivando las pisadas para salvar algún soberbio *pucho* indemne de humedad y de lodo, olvida por un momento su angustiosa situación.

Las continuas y mudas contemplaciones en los escaparates de fondas, panaderías y puertas de restaurantes, aguijonean tanto su apetito, que le es casi imposible resistir a la tentación de robar uno de esos largos panes que se alínean en los escaparates y que parecen invitarle; pero él recuerda los días de calabozo sufridos cierta vez por una riña y rechaza la idea con energía.

A las nueve de la noche el hambre se hace insufrible y *Pulgón* se decide a hacer lo que nunca ha hecho, lo que le repugna, lo que está contra sus principios, contra su alma....: va a pedir.

Se interna un poco en las calles menos concurridas y se para frente a una panadería, espiando el momento en que la falta de clientes le permita hacer el sacrificio con menos dolor.

El instante llega y, dando un empuje poderoso a su voluntad, entra en la tienda y quédase parado en medio del despacho sin saber qué decir.

El patrón le interpela secamente entonces:

—¿Qué quieres, muchacho?

Pulgón siente que algo cálido le trepa a las mejillas y le cosquillea en las orejas; clava la vista en el suelo y no responde una palabra.

—¿Eres mudo? ¿Qué quieres?—vuelve a preguntarle el patrón brutalmente.

Entonces *Pulgón* no puede más: gira sobre los talones y hecha a correr.

Ya en la calle, se enoja consigo mismo, patea el cajón, se tira con furia del cabello y acaba por marchar en busca de otra panadería, decidido esta vez a pedir inmediatamente.

—Buenas noches ... ¿Quiere darme un poco de pan?—pide *Pulgón* con voz temblona al entrar, pero sin imploraciones en los ojos.

El patrón le mira con recelo, coge un cuchillo y le dice, despidiéndole de mala manera:

—Bueno....y largo de aquí !eh!

Pulgón mira la mísera rebanada, encara al patrón con desenfado, arroja el pan con desprecio y le grita al salir:

—¡Judío agarrado.... me la va a pagar!

Y el pillete sale a la calle con el pecho lleno de rencores; es la primera vez que se siente ofendido realmente, y quiere vengarse.

Ahí cerca, al pasar, *Pulgón* recuerda habor visto un andamiaje, y en seguida una idea diabólica germina en su cerebro: va al lugar, elije una piedra lo bastante grande para ser arrojada por sus manos diestras, pero débiles, y con una sonrisa en los labios llena de maldad, se encamina a la panadería.

Poco después el costoso cristal del escaparate saltaba hecho añicos, y *Pulgón*, olvidado ya de su hambre, sonreía entre la multitud y redoblaba con su cepillo sobre el pintarrajeado cajón que le proporcionaba el pan cotidiano.

ALEJANDRO SUX.

IDOLATRIA

La idolatría no es hábito que se adquiere por contagio ni porque el ambiente predisponga para ello al individuo. No es una segunda naturaleza, sino que es innato en la naturaleza misma de los individuos dóciles, incapaces de llegar a fuerza de querer al sitio donde está lo que constituye su admiración.

La idolatría es una acepción de los seres incapaces para crear algo. Es patrimonio del rebaño que sin pastores no va a ninguna parte.

Y esto es lo que en las ideas ha hecho defraudar muchas esperanzas. Los enfermos de idolatría son los que han ahogado siempre las aspiraciones de los buenos. Se admira a un caudillo que hace punta en todas las iniciativas, sin tener en cuenta si es sincero y si está capacitado para ello. Se obedece al individuo, no a la obra. Si un charlatán profiere cuatro gritos y relata historias fantásticas; si un matón ha muerto a dos o tres, y les mira fuerte, ya está el idólatra besándole los pies y el rebaño implorando milagros.

Y es así, señores: estos anémicos en iniciativas, estos flacos de espíritu, son quienes nos tienen enredados todavía en los preliminares de una acción eficaz que empuje a la realidad nuestras aspiraciones.

La idolatría, el rebañismo, son el obstáculo que se interpone en nuestra ruta. Eliminar obstáculos es nuestro medio; bueno: el idólatra es uno de ellos y hay que hacerlo a un lado o pisotearlo.

Hombres buenos se pervierten cuando son elevados a la categoría de ídolos: éstos son el efecto; la causa: los que sin guiadores no van a ninguna parte.

ERNESTO LAGARTE.



SOBRE EL CONCEPTO DE BARBARIE

Federico el Grande —el grande cínico— decía: «hago siempre lo que me da la real gana, y luego nunca faltan en mi reino filósofos pedantes que inventan razones y teorías irrebatibles con que justificar mis actos». Acaso esta es la mejor explicación de la filosofía bárbara. Según ella, la inteligencia cumple menesteres ancilarios, serviles, del instinto. El instinto, en pleno señorío, exige la satisfacción de sus concupiscencias y apetitos; luego, a la inteligencia, profesionalmente adiestrada al efecto, le cumple hallar una justificación teórica y dogmática. Durante la Edad Media era aforismo de las escuelas que la filosofía no podía ser sino ancila, criada de la teología. Y la teología no representaba tanto la ciencia de Dios cuanto el cimiento misterioso del poder temporal del papado y del derecho divino de los reyes. La barbarie, en todos sus aspectos supone una escala o gradación de jerarquías arbitrarias, las cuales respectivamente se humillan, con indecorosa bajeza, a la que les es superior, y se imponen, con insolente tiranía, a la que les es inferior. La virtud esencial del hombre culto es la ecuanimidad, el ánimo igual con todas las gentes y en todas las ocasiones. El bárbaro no acierta a ser ecuánime: es siervo o es tirano.

Veamos de qué manera se puede hacer un filósofo. Primera: se puede hacer aleatoriamente, por casualidad y luego por rutina. Un mozo entra en la facultad de filosofía de una universidad, se gradúa y sale, como catedrático, a enseñar a su vez aquello que aprendió. Este es un filósofo bárbaro, puesto que en lugar de ejercitar su razón se conforma con conocer unos cuantos pasos gimnásticos y piruetas de la inteligencia. Es pedante, claro está, Pero éste no cuenta. Segunda: ahora no se trata de un mozo cualquiera; antes bien, de un mozo vanidoso y con algún temperamento. Temperamento es la suma de los instintos característicos de una persona determinada, su manera peculiar de reaccionar enfrente de la realidad. El temperamento es una cualidad específica, diferente en cada persona, así como la razón genérica y universal, y sus frutos unánimes, vengan de donde vinieran. Este mozo cae en la facultad de filosofía, y si es inteligente, no se contentará con menos que con erigir en sistema universal una filosofía según la cual se justifiquen y satisfagan las inclinaciones y tendencias de su temperamento. Este será otro filósofo bárbaro, por muy interesante, por muy inteligente que sea; y pedante, claro está. Tercera: nos hallamos ya en el caso del filósofo culto. En la raíz o iniciación de toda filosofía culta hay un acto de buena voluntad, un deseo humilde y digno de ver claro dentro de uno mismo. Y lo primero que se advierte, cuando se trae la mirada a las regiones silenciosas del espíritu, es que hay dos manaderos cuyo caudal se mezcla de continuo: el del instinto o, por mejor decir, el de los instintos y temperamentos, y el de la razón. Se descubre más tarde que las venas ocultas del de la razón vienen de lejos, más alla de la propia persona, e igualmente afluyen en la razón de todas las demás personas, y que las del instinto nacen en el recinto obscuro y angosto del cuerpo individual y mortal. De donde deduce que así como sus sentimientos y emociones son suyos, propiamente suyos y diferentes de los demás hombres —por donde, si quiere darles expresión estética, artística, buscará una forma personal, un estilo propiamente suyo— su discernimiento, o sea operación de su razón, ha de contrastarse y solicitar la aquiescencia de sus semejantes. Y así, desde que florece hasta que sazona, la filosofía culta es un acto continuo de humildad y suele conducir al *solo sé que no sé nada*. La filosofía bárbara, por el contrario, desde que comienza a hincharse hasta que alcanza la última turgencia e inflazón, es un acto continuo de infatuación, impertinencia y petulancia. La misma «Crítica de la Razón pura», de Kant, escrita al parecer con el propósito de demostrar que nada podemos saber, es a modo de una cortina de niebla detrás de donde se escucha en todo momento una voz agria e inmaterial, diciendo: «nada podéis saber; yo he amojonado para los siglos de los siglos los límites del conocimiento; pero no se olvide que esto no lo podía llevar a cabo nadie sino yo, Manuel Kant, que todo lo sabe».

El discernimiento es una operación subitánea, de conjunto. La razón ve las cosas en su acabamiento ideal; conoce por intuición, totalmente, de tal suerte, que si en el mismo punto de este conocimiento se nos requiriese a que lo expresáramos, no sabríamos cómo, o quizá sabríamos expresar su resultado o fórmula última; pero nunca, en el primer momento, el cómo llegamos hasta él ni por qué es tal conocimiento. Esta función corresponde a la inteligencia discursiva. De aquí que la saturación interior de preocupaciones fundamentales, que constituyen la aptitud para la filosofía clásica, se resuelve necesariamente en dos formas sensibles de expresión. Primera: la forma intuitiva o artística, la metáfora, mediante la cual el que la recibe acompaña en el conocimiento intuitivo a quien la concibe. (El alto linaje espiritual de la metáfora es tan imperioso, que no hay filósofo bárbaro que alguna vez no se haya visto obligado



PRELUDIO

(Del libro en prensa "Plétoras de Vida".)

No es mi musa la musa de antaño,
la doliente, la triste, la déifica,
la que en arias cantó el genio en Delfos,
la que en odas cantaron aedas;
no es mi musa la musa de Horacio,
la galana vestida de seda,
la tendida en el césped florido,
la cantante, la mustia, la buena;
no es la musa, la musa de Píndaro,
suplicante, llorona e ingenua,
que inmoló pavos reales a Juno
y prendió pebeteros a Vesta;
es mi musa la musa del siglo,
la que altiva a la forma se muestra,
e insumisa maldice a los próceres
y rebelde a la lucha se apresta;
es la musa de Falco y Al Campo,
tempestuosa, vibrante, soberbia;
es la musa de Sux y Ghiraldo,
musa roja, de flamas, que incendia.
Musa Amor, musa Luz, musa Vida,
cuyos versos son guijas que truenan,
versos lanzas de acero que ensartan,
versos rachas de furia que queman;
no se crea que es de placeres,
de festines y besos que enferman;
sino musa de cóleras broncas
que dan tumbos de mar y desgreñan.

*

Entonar cancioncitas dulzonas,
encomiar una cara de cera,
el esmalte de dos ojos lindos
y el morado de grandes ojeras;
rendir parias al rey, al tirano,
al que chupa la plétora obrera,
¡maldición! ¡que me trague la boca
de un abismo! ¡mi musa no es esa!
Es mi musa la musa del siglo,
roja, fuerte, valiente, plebeya,
redentora: en la izquierda un martillo,
y en la diestra y en alto una tea;
es la musa de Falco y Al Campo,
si se quiere infernal y cainesca,
musa Amor, musa Luz, musa Vida,
musa roja, de flamas, de estrellas.

*

Leed, pues, los proscritos, los parias,
los sufridos de toda la tierra,
los de carnes heridas, los pobres,
los que lloran y arrastran cadenas;
los ilotas, leed estos versos;
los plebeyos, cantad estas quejas,
estas quejas que son como rayos
que desgajan, descopan, desmechan;
que en la cumbre más alta, más alta,
donde el lábaro rojo flamea,
os convoca la blusa, la gorra
y el ideal del siglo os espera.

ROSENDO SALAZAR.

---

a someterse a ella. Kant, por ejemplo, da en ocasiones con algunas metáforas que hacen que huelguen páginas y páginas de prosa y de argumentos inextricables). La metáfora es el vehículo dilecto de la filosofía clásica. Don José Ortega y Gasset, que se ha hecho filósofo clásico en Alemania —lo cual es tan explicable, tan fatal para un latino inteligente y preocupado como para un creyente sincero hacerse ateo en Roma, según reza el proverbio—, ha dado al público, no ha mucho, una obra de carácter filosófico, *Meditaciones del Quijote*, que no es, en suma, sino un haz o florilegio de metáforas, sobremanera penetrativas y colmadas de conocimiento emocional, agrupadas y enhiladas con irreprochable arte lógico. La otra forma de expresión, ya no intuitiva y subitánea, sino planatoria, discursiva y dialéctica, ha de ser con voces tan llanas, que todos puedan llegar a entenderlas, y con movimiento tan despacioso, que todos puedan seguirlo, pues discernimiento que toma veredas extraviadas, y va solo y por su cuenta, es porque no se atreve a mostrarse en público, y no es otra cosa que ganas de engañarse o de engañar a los demás. De esta forma, el tipo más puro es el diálogo. Todo diálogo de buena fe —puede haber diálogos de uno consigo mismo— es una obra filosófica. Y cuando no es diálogo, que se acerque a él la filosofía e intente remedar su carácter honestamente polémico. Las mejores obras de filosofía son aquellas en que el autor, no sabiendo cabalmente lo que pensaba, movido de la buena voluntad de averiguarlo claramente, se pone a escribir un libro. Andan cerca el filósofo y el poeta. Para mí, don Miguel de



MOVIMIENTO OBRERO LOCAL

LA HUELGA DE PANADEROS

El movimiento huelguista iniciado por el Sindicato de Obreros y Obreras del Ramo de Panadería, sigue su curso, a pesar de la injustificada negativa por parte de los monopolizadores, a las justas peticiones que les ha formulado ese Sindicato.

En este movimiento es donde se ha hecho patente la desenfrenada ambición de lucro inmoderado por parte de gran número de dueños de panadería, y que, como todos los explotadores sin conciencia, ven a sus obreros, no como factor principalísimo de su negocio, sino como mero instrumento de todas sus especulaciones o como mina inextinguible de aurífero metal.

La conducta indigna de esos ambiciosos, contrasta notablemente con los rasgos verdaderamente altruistas de algunos pequeños propietarios, que han tenido para nuestros compañeros de infortunio, que sólo piden un mísero mendrugo más para hacer más llevadera la brega cotidiana.

Para concretar nuestra información, sólo damos a conocer algunos de esos rasgos de solidaridad que se han tenido para nuestros compañeros huelguistas, y que hablan muy elocuentemente en favor de sus autores.

Por ejemplo: los señores Rosendo Varela y Enrique Díaz ponen a disposición del Sindicato, sin extipendio alguno, su establecimiento para que se elabore en él el pan destinado a la Beneficencia Pública, además de ser los primeros en acceder a todas las peticiones que formula el Sindicato.

El ciudadano general Juan Mérigo hace un donativo de mil pesos para el sostenimiento de la huelga; el ciudadano Mayor Francisco Beltri ha cedido mil sacos de harina «Flor» de primera, para que el Sindicato elabore pan.

Veinte casas más han reconocido y aceptado las peticiones del Sindicato, y cinco van a ser explotadas por cuenta del mismo.

En estas veinticinco casas han comenzado desde luego a fabricar pan en abundancia, llevando cada pieza un sello que dice: C. O. M. En estas panaderías se han puesto desde luego en vigor los tres turnos de ocho horas diarias, como lo reza una de las cláusulas del memorial de peticiones.

Los compañeros vizcocheros que fabrican el pan llamado «mexicano» han resuelto apoyar a los huelguistas, y desde luego han suspendido su trabajo.

Por su parte, los compañeros huelguistas se comprometen a elaborar pan de mayor tamaño a la mitad del precio que actualmente tiene, si ponen a su disposición los útiles correspondientes.

Basta con lo expuesto, para demostrar la simpatía que ha despertado entre los particulares y aun entre algunos de los mismos comerciantes panaderos, este movimiento a todas luces justificado; sólo los eternos exprimidores de energías proletarias no quieren darle razón por el hecho de que sus enormes ganancias se verían un tanto mermadas al conceder unos míseros cartones más a aquellos que amasan con el sudor de sus frentes, las riquezas que les proporcionan orgullo y poderío.

El Sindicato de Obreros de Panadería está resuelto a seguir firme en sus propósitos, con todos aquellos que no han dado oído a sus demandas de justicia.

Seguiremos informando del curso que siga este movimiento reivindicador.

LA HUELGA EN "EL AGUILA"

El movimiento llevado a cabo por los compañeros empleados de la Compañía de Petróleo «El Aguila» está en vías de solucionarse favorablemente para ellos, debido a la intervención en este asunto del general Pablo González.

Era de esperarse ese resultado, dado lo justificado de las peticiones que formularon los empleados de esa poderosa Compañía, que en nada se perjudica al acceder a mejorar un tanto la precaria situación de sus explotados, teniendo en cuenta las ganancias fabulosas que obtiene del preciado líquido.

Celebramos de todas veras el completo éxito en las demandas de nuestros compañeros, y deseamos que su completo triunfo llegue lo más pronto posible.

Excitamos a la vez a ellos a que no desmayen en su labor pro unión sindicalista, pues seguramente así es como se abre brecha en los más intrincados caminos, y se derriban las más formidables murallas que se oponen a la razón de nuestra noble causa.

Unamuno es entrambas cosas a la vez, hondamente, verazmente:

Y ahora, a modo de apostilla. Escribía *Azorín*: «Leyendo a ciertos escritores, Alemania sería un país de bárbaros. A estos apasionados detractores del genio alemán, hagámosles una interrogación. ¿Hubieran sido Taine y Renán lo que han sido sin el pensamiento alemán, sin la filosofía alemana, sin la metafísica alemana? Es lamentable tener que decir *como nuevas* ciertas cosas conocidísimas». A esto responderemos. Primero: en el valor actual, circulante dentro de la cultura, de Taine y Renán, no perdura nada que haya sido circunstancialmente influencia científica alemana. Segundo: es fuerza precisar si aquellas influencias circunstanciales alemanas que Taine y Renán recibieron eran esencialmente alemanas o, a su vez, habían tenido su génesis francesa. Suponemos que en este asunto *Azorín* preferirá la opinión de un alemán, de un filósofo alemán, a la de un detractor apasionado del genio alemán. Dice Nietzsche: «Yo sólo creo en la cultura francesa, y todo lo demás que en Europa se llama cultura es una equivocación. Claro que no tomo en consideración la llamada cultura alemana. Los escasos ejemplos de alta cultura que se hallan en Alemania, son todos de origen francés. Por donde quiera que Alemania extiende su influencia, arruina la cultura». (Ecce Homo).

Es un poco aventurado responder si Taine y Renán hubieran sido, sin ciertas influencias alemanas, lo que fueron con ellas. Yo creo que hubieran sido mejores, más integralmente duraderos. Pero ¿nos quiere decir *Azorín* alguna otra *cosa nueva*? ¿Qué hubiera sido Kant, padre de la filosofía alemana moderna, sin la filosofía francesa o inglesa?

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.



MOVIMIENTO OBRERO REGIONAL

MEDIDAS RADICALES EN YUCATAN

Con el placer que sentimos los revolucionarios de corazón cuando se hace obra efectiva revolucionaria, damos a conocer a nuestros compañeros algunas de las medidas tomadas en la península yucateca por el ciudadano Salvador Alvarado, gobernador de aquel Estado, quien ha sabido imponerse al despotismo de los burgueses y ha quitado del espíritu de los trabajadores toda huella de abyección y servilismo, trocándolos, con sus medidas esencialmente libertarias, en hombres conscientes del papel que como productores representan en la sociedad actual:

Por sentencia del Comandante Militar de Temax, ciudadano Enrique Recio, los señores Peón de Regil Hermanos pagaron, en calidad de indemnización por accidente en el trabajo, tres mil pesos, a un jornalero que perdió tres dedos en la hacienda de aquéllos. La sentencia la aceptaron sin protesta ostensible y entregaron el dinero.

—Olegario Aznar Mendoza fué condenado a dar a Luciano Dzul, por vía de indemnización, quinientos pesos, y a pagar doscientos al médico que atendió a Dzul por haber perdido éste la primera falange de un dedo de la mano derecha en la hacienda San Antonio Kiol, propiedad de Aznar. Este se vió obligado a pagar.

—El ciudadano Florencio Avila, jefe de la Oficina de Información que nos proporciona estos datos, descubrió una guarida de monjas y dos curas en la hacienda Tekik. Con ayuda de la Comandancia Militar de Mérida recogió en dicha hacienda a monjas y curas, imponiéndose a éstos multa de diez mil pesos, y al propietario de la hacienda otra multa por igual cantidad o, en su defecto, la prisión equivalente. Prefirieron pagar las multas.

—El rico hacendado Luis Bolio y y Bolio fué multado con quinientos pesos, por haberse negado a instalar una escuela rural en una de sus haciendas. Ya ha quedado abierta la escuela.

JUSTICIA REVOLUCIONARIA

Los compañeros de la Casa del Obrero Mundial, en Orizaba, nos comunican el entusiasmo creciente de los trabajadores de aquel Cantón por la lucha sindicalista y los trabajos llevados a cabo para obtener mejoras en el terreno económico, así como para preparar el espíritu proletario para la justa que ha de sostenerse a fin de llevar hasta su término la revolución social que es nuestro anhelo más ardiente.

Asimismo nos dan a conocer un hecho que, como todos los ejecutados por la Revolución, demuestran que los que la hacen no están dispuestos a tolerar más la imposición de ninguno de sus tres enemigos principales: clero, militarismo y capital, y que cuando alguno de ellos empieza a sacar la cabeza están dispuestos a aplastársela para que el trabajador pueda libremente seguir su lucha emprendida.

Los hechos acontecieron como sigue: estando el obrero José Ponce en la esquina de la calle en que se encuentra la fábrica donde trabaja, dispuesto e entrar cuando llegara la hora, se le acercó un capitán, diciéndole que él lo conocía como espía zapatista y arremetiendo contra él a cañonazos con una pistola que portaba. En esos momentos pasaba por aquel sitio el obrero Guadalupe Villagrán, quien al ver el atropello que estaba cometiendo el capitán mencionado, fué en defensa de su compañero, siendo golpeado también.

Al tener conocimiento de los hechos el Comandante Militar, general Martín Castrejón, ordenó la aprehensión del capitán, y en presencia de varios trabajadores que en forma de protesta fueron a poner en su conocimiento lo acontecido, lo degradó, manifestando que seguirían los trámites necesarios, a fin de castigar a aquel individuo como se merecía, no sólo por su conducta brutal, sino que para que sirviera de ejemplo a todos y comprendan que no es esa la forma en que deben proceder los oficiales de un ejército formado por el pueblo para conquistar sus libertades. Nuestros compañeros de Orizaba nos participan que es probable que le apliquen la pena de muerte al tantas veces citado capitán.

Las Ideas en el Teatro

Sigue de la 4a. página.

Los Condenados sostiene la tesis de que aquel que obra mal, lo hace impelido por algún grave motivo, y para demostrar hasta qué punto es cierta tal afirmación, nos presenta el caso de dos creyentes, fervorosos hasta el misticismo, los cuales, a pesar de estar convencidos de que el jurar en falso es un abominable delito, no se arredran ante el temor de Dios, y cometen el sacrilegio delante de un crucifijo. Sin embargo, su conciencia queda tranquila, porque con ello salvan la vida de un hombre.

Dora Vila supo dar los matices que reclama el difícil papel de Salomé, con sus furiosos raptos de celos, y sus resignaciones de demente en delirios de éxtasis.

Mutio, en el principal personaje de la obra, estuvo muy inspirado, sobre todo al final del tercer acto, donde la desesperación culmina con rasgos de tragedia.

La patriarcal figura de Santiago Paternoy tuvo en Catalá un intérprete como seguramente lo soñara el autor, y a nosotros, que lo hemos visto regocijar al público en innumerables papeles cómicos, nos admiró la perfección con que desempeñó el solemne personaje.

El drama es digno de verse tanto por los bellos conceptos que encierra como por la labor de los intérpretes.

AB-EL-KADER.



LOS DOS REYES DE POTSDAM

EL DOCTOR LIEBKNECHT Y LA GUERRA

Muchas son las cruces de hierro que se han repartido en Alemania desde el mes de agosto último. Sin duda ellas habrán sido otorgadas a los valientes en premio de sus grandes hazañas. Sin embargo, el bravo entre los bravos, en Alemania, no ha recibido la cruz de hierro, y si ha logrado escapar la del martirio, ello obedece únicamente a que el Gobierno no ha tenido el valor de arrostrar las consecuencias, como que muerto, Karl Liebknecht, podría ser aun más peligroso que Liebknecht vivo. La noticia de su ejecución, o siquiera de su prisión, le sería tan desastrosa al Káiser como la pérdida de una gran batalla. Esa nueva llevaría a las trincheras un eco pavoroso de aquel otro conflicto, por ahora temporalmente suspendido: la lucha por la emancipación del pueblo prusiano.

Porque es preciso saber que hay dos reyes en Potsdam: El Káiser, que pasa revista a sus legiones en la explanada que da frente al Palacio Antiguo, y Karl Liebknecht, quien cuenta sus legionarios en las calles. Su elección para el Réichstag, como representante socialista por el distrito mismo del Káiser, en 1912, constituyó la más dura afrenta que el emperador haya sufrido a manos de su pueblo. Fué aquello como si Windsor hubiese elegido un republicano al Parlamento inglés. Los hijos del Káiser indicaron el camino hacia las urnas, con grande ostentación, en las primeras horas de la mañana; pero al cerrar el día el pueblo de Potsdam había elegido rey democrático suyo al hijo del viejo Wilhelm Liebknecht.

POR QUE LUCHAN LOS SOCIALISTAS

Se ha criticado mucho, y aun de manera despectiva, la docilidad con que los socialistas alemanes contestaron al toque de llamada del sargento prusiano. «Ved la insensatez del socialismo —dicen ciertas gentes regocijadas—; vedlo desvanecerse como una burbuja de aire al eco del clarín, y ved —exclaman con voz apenas perceptible— qué institución tan admirable es el sargento de las milicias prusianas!» ¡Oh, qué no diera Inglaterra por un sargento que, como él, a la voz de mando, metiese en filas a toda la clase obrera y la convirtiera en instrumento dócil de la aristocracia triunfante! «Sí —dijo Carlyle ahora tiempos—: la idea de un soldado testarudo, que obedezca ciegamente, dispare aun contra su propio padre, a la voz de un oficial, es un gran refugio para las mentes aristócratas.

Y precisa convenir en que hay fundamento para esta cómoda convicción sobre el valor del militarismo aplicado como camisa de fuerza a una democracia inquieta. La obediencia con que los socialistas alemanes, después de haber ido a las urnas por espacio de varias generaciones, en contra de los *junkers* prusianos y de su sistema militar; la docilidad con que vinieron a marcar el paso en pos de éstos, al toque de la llamada, parece reducir todas sus actividades y teorías a una simple ráfaga de viento. Ello alienta a ciertos escritores, como el enigmático doctor Dillon, a decir, como lo dice en reciente número del *Contemporary*, que si a uno le dieran a elegir entre el Gobierno y el pueblo, no sabría cuál de los dos debiera escoger. Empero, esta es una apreciación superficial de los hechos. La tormenta cayó sobre los socialistas alemanes tan repentinamente como sobre nosotros. Sabían ellos menos de las causas de esa tempestad de lo que nosotros mismos sabíamos. Vieron únicamente, como lo vimos nosotros, que su patria estaba en peligro, y se decidieron, lo mismo que nosotros, a subordinarlo todo al deber inmediato de salvarla de la ruina.

Ilustremos la situación con una parábola: puede uno haber reñido vivamente con su familia apropósito de la economía interna del hogar doméstico; pero, si la casa es invadida por las llamas, pospondrá uno todas sus querellas y aunará sus esfuerzos a los de los otros miembros de la familia para apagar el incendio. Puede uno hasta sospechar que este ha sido ocasionado por una estufa defectuosa, contra la cual se haya pronunciado inútilmente; pero esa circunstancia no contribuirá a que gaste menos energía para ver de contener el fuego; y, una vez extinguido éste, no discutirá ya tontamente apropósito de la estufa; por el momento la idea dominante es otra, como es también otro el campo de acción.

DOS DOS MOTIVOS

El aislamiento de Karl Liebknecht es, per tanto, más aparente que real. Millones de gentes en Alemania comparten su modo de pensar; y aunque por el momento sea el único que las expresa, sus ideas serán las que gobiernen la Alemania del mañana. El hecho de que él pueda expresarse con libertad constituye, por sí solo, la prueba de mi acerto. Ese hecho es la comprobación concluyente del influjo de ese otro *motif* que en el alma de la nación alemana va contrapuesto al *motif* triunfante del *bernhardismo*, así como en la gran fantasía de *Tannhauser* el *Coro de los peregrinos* va contrapuesto al canto erótico de la música de Venusberg. Hemos olvidado ese otro *motif* y sólo vemos a Alemania a la luz de las antorchas de Bernhardi. No podía ser de otra manera: en la formidable tensión del conflicto no tenemos tiempo para discriminar y marcamos a toda la nación alemana con el mismo estigma. Bien sabemos que tal juicio es falso y que la gran máxima de Burke, de que «no está bien condenar a toda una nación», es tan cierta

respecto de Alemania como de cualquier otro pueblo; mas por el momento vivimos bajo el despotismo de la ira, y ésta rechaza el raciocinio como si nos hiciese traición. Confieso que a pesar de mis mejores deseos por ser sensato, me siento un tanto infeliz cuando descubro que el barbero o el criado que me sirven me hablan con acento alemán. Bien sé yo que esos infelices son tan inocentes de este gran crimen como lo soy yo: bien sé que su vida en estos días debe ser un infierno, y, sin embargo.... preferiría no emplearlos. Y así en lo que respecta a la música de Alemania: hasta el mismo intenso lenguaje de Schumann, que es la expresión más fraternal y tierna en todo el reino del arte, paréceme el lenguaje de alguien de quien nos hallamos distanciados por algún incidente trágico.

EL ENEMIGO DE LA GUERRA

Pero el otro *motif* habrá de volver; hoy mismo podemos oírlo, aunque en débiles tonos, al través de la discordia. El *Testigo Ocular* en la línea de fuego, nos refiere que el oficial alemán conserva su actitud insolente hasta en el mismo cautiverio. Es el símbolo de la Alemania que combatimos, de esa Alemania que vamos a vencer; pero Liebknecht es el símbolo de la Alemania con que habremos de reconciliarnos. El se yergue allí, en este momento, el bravo entre los bravos de Europa, en ademán de desafío, resistiendo toda la corriente de la guerra; y, como ya dije, es significativo el hecho de que todavía esté en libertad. Las cosas pasaban de modo muy distinto en 1870, cuando Wilhelm Liebknecht, su padre —uno de los fundadores de la democracia social alemana—, fue reducido a prisión, en unión de Bebel, por haberse opuesto en el Réichstag a la proposición de anexionar la Alsacia y la Lorena. Karl Liebknecht ha ido mucho más lejos que su padre en aquel entonces. Fue él quien —cuando la prensa alemana avivaba la llama del odio contra los belgas con historias y cuentos de atrocidades cometidas contra los soldados alemanes— investigó todos esos decires en su misma fuente, en los hospitales y en otras partes; probó que eran falsos, y como tales los denunció en el periódico *Vorwaerts*.

Empero, ha sido en su oposición a la guerra en lo mismo que el doctor Liebknecht ha revelado su verdadera valentía. Cuando sus hermanos socialistas opuestos a la guerra abandonaron el Réichstag, en los momentos en que se votaban los créditos de guerra, el 2 de diciembre, él permaneció en el recinto del Parlamento para consignar su protesta. El presidente le negó el uso de la palabra y, cuando presentó su discurso por escrito, el presidente se negó a insertarlo en los Anales. Empero, el discurso vive y, después de leerlo, no nos sorprende que el Káiser no se atreva a permitir que su pueblo lo conozca. Ese discurso denuncia la guerra, «preparada por los partidos de Alemania y Austria, obrando de consumo en obscuridad de un semiabsolutismo y de una diplomacia secretos, con la atención de ganarles de mano a sus adversarios». El grito en contra del *zarismo* fué una impostura. «La Alemania hermana del *zarismo*, esa Alemania que encarna el más alto exponente de reacción política, no tiene misión ninguna que llenar como emancipadora de pueblos. «La liberación de los pueblos rusos y alemanes ha de ser obra de ellos mismos». Sus palabra vivirán como una de las más célebres admoniciones de la historia:

> «Como protesta en contra de la guerra; contra todos aquellos que son responsables de ella y han sido sus autores; contra los propósitos del capitalismo que ella ha de favorecer; contra los proyectos de anexión; contra la violación de neutralidad de Bélgica y el Luxemburgo; contra el reinado absoluto del derecho de la guerra; contra la violación social y política de sus deberes —violación de que son culpables el Gobierno y las clases directoras—, votaré en contra de los créditos que se piden».

LA OLIGARQUIA

No menos notable fué su discurso en la Dieta prusiana, pronunciado en este mes, cuando la burocracia reveló «la verdad desnuda de que en Prusia todo continuaba como antes». La guerra se había principiado como la promesa de que el infame sistema del sufragio basado en la propiedad sería abolido; pero, mientras los soldados se hallaban comprometidos en las trincheras, la oligarquía había repudiado la promesa. El pueblo iría a la muerte, mas no habría de tener ninguna recompensa; habría de libertar a los rusos del *zarismo*, pero seguiría siendo, él mismo, esclavo político, esclavo de la trinidad del militarismo, la monarquía y el capitalismo. En esta ocasión se le permitió a Liebknecht que hablase; pero la Dieta se dispersó cuando se puso en pie para pronunciar su discurso; no osaron los diputados esperarse a oírle decir: «¡Cómo habrán de enseñar los puños nuestros soldados en las trincheras cuando sepan que se les ha hecho traición!»

La magnitud de esta traición apenas puede exagerarse. Prusia es la encarnación del despotismo. El sufragio de las tres clases excluye de manera tan efectiva al pueblo, de la representación, que en toda la Dieta sólo se cuentan siete socialistas. Agréguese a este hecho la circunstancia de que el Gobierno es responsable ante el Káiser —no ante el Parlamento— y se comprenderá cuán divorciado está el pueblo de los asuntos del Gobierno. Y, sin embargo, no falta quien nos diga que no hay cómo elegir entre el pueblo y la tiranía que lo esclaviza.

LA GUERRA DE IDEALES

Si tal cosa fuese cierta, habría en verdad razón para desesperar. Mas no es así. El periódico *Vorwaerts* sabía que esto no era cierto cuando declaró valerosamente —pues había sido ya suspendido varias veces— que «el control democrático del pueblo habría evitado la guerra». Es con el rey coronado de Potsdam, no con el rey sin corona de Potsdam, con el que nos hallamos en lucha mortal; y mientras no apreciemos este hecho no podemos comprender lo que en realidad motiva esta guerra. Ella no es una lucha entre este país y aquel, entre este y esotro pueblo, entre esta y aquella raza, sino entre dos ideales: el ideal despótico y el ideal de libertad; entre el absolutismo y la democracia; entre el imperialismo y la libertad nacional. Los combatientes se han entremezclado de una manera tan rara, que esta verdad es poco fácil de apreciar y hasta algunas veces bastante difícil de creer. Empero, la verdad es la misma, y en ella recide el único rayo de esperanza que nos alumbra en la inmensa tragedia.

Y el hecho de que Karl Liebknecht esté en libertad da en cierto modo la medida de esta esperanza, porque si el Gobierno creyese que podría correr el riesgo de reducirlo a prisión, ya hiciera tiempo que Lieb-



Organo de la
CASA DEL OBRERO MUNDIAL

COMISION DE PRENSA:
Juan Tudó,
J. Barragán Hernández
y Enrique H. Arce

ADMINISTRADOR:
Eduardo Moneda

OFICINAS:
Av. Francisco I. Madero 4.
MEXICO, D. F.

PRECIOS:
Número corriente.... 10 cs.
" atrasado.... 20 "
Subscripción: serie de 20 números DOS PESOS
Pago adelantado, por medio de timbres postales.

A UN COLEGA

[Viene de la 3a. plana]

19 de 1901: «Estamos ahora más o menos al nivel de una kabila del Riff, aunque parecemos ser por nuestras leyes y nuestra Constitución un pueblo civilizado».

Y otras que podríamos dar.

Pero, sin ir más lejos, basta citar *El Otro Mundo.*

En el artículo aludido no encuentran los autores —porque son tres los firmantes— otras glorias españolas dignas de citarse que —agárrense, compañeros— Santa Teresa, Loyola, Cortés y Cervantes.

Ante este último nos descubrimos. Pero citar como glorias a una monja histérica, a un monje fundador de la más universalmente aborrecida secta religiosa y a un militarote extorsionador de pueblos, verdugo de una raza, capitán de una chusma de aventureros, sin otro ideal que la codicia, la rapiña y el ludibrio.... esto pasa de los límites, y si estas son las glorias de España, mejor hubiera valido para dicha nación que nunca hubiesen nacido ni esa monja histérica, ni ese monje corruptor de conciencias, ni ese conquistador codicioso y sediento de sangre.

España «que no empaña», no puede lavarse de esa mancha: la Inquisición, ni quitarse ese borrón: Montjuich.

Y en cuanto a su esparcimiento en el mundo, a que endonde doquiera que se vaya se «topa» con los hijos de España, tememos mucho que en esta región mexicana tal esparcimiento no sea visto con gran entusiasmo.

De España conocen los indios y los trabajadores a los conquistadores malditos que vinieron a esclavizar una raza; a los capataces de haciendas y feroces verdugos de los peones; a los abarroteros, «padres del hambre», ladrones con patente; a los cantineros embrutecedores del pueblo; a los empeñeros explotadores de la miseria.

La España que ustedes cantan, señores de *El Otro Mundo*, es la de la Edad Media —Santa Teresa, Loyola, Cortés— y esa la rechazamos en sus supervivencias —clericalismo, militarismo, explotación capitalista—, la odiamos.

Pero háblennos de la España Moderna, la que lucha por su redención; la que contó con un revolucionario como Salvoechea, con un educador como Ferrer; la que se organiza en sociedades de resistencia, en cámaras sindicales, en ateneos científicos, y abriremos nuestros brazos a los hijos de esa España revolucionaria, porque sus aspiraciones y sus reivindicaciones son idénticas a las nuestras.

UN COSMOPOLITA.

---

knecht hubiera desaparecido. No habría sido esa la primera vez que le habríamos visto bajo cerrojos. Conquistó su reputación como abogado en 1905, por la defensa que opuso en el célebre proceso de Konigsberg, cuando se siguió juicio a los socialistas alemanes acusados de conspirar a favor de los revolucionarios rusos; defensa a la que se siguió su formidable propaganda antimilitarista. Él, lo mismo que Bebel, sabía que nada bueno se podía hacer en Prusia sino después de que el fetiche militar quedase destruido; y con verdadero instinto de reformador tomó por blanco el corazón mismo de la tiranía. Su recompensa fueron diez y ocho meses de presidio.

DESPUES DE LA GUERRA

Pero no podían ellos suprimir un hombre del temple de Karl Liebknecht por el hecho de reducirlo a prisión, como no lograron tampoco suprimir a su padre con el mismo sistema. Cuando salió de la prisión, Berlín celebró el acontecimiento eligiéndole miembro del Sancta Sanctorum del *junkerismo*, o sea la misma Dieta. Y desde entonces —especialmente desde su elección como miembro del Réichstag, por Potsdam— su prestigio ha aumentado. Con la muerte de Bebel —el bravo viejo Bebel de la mirada intensa y la impetuosa elocuencia— vino a ser la figura prominente del partido más poderoso de Alemania; el hombre de carácter irreductible, de honradez indisputada, de un valor a la altura de todas las circunstancias. Tiene menos capacidad e imaginación que Jaurés, cuya muerte es la desgracia más grande que le haya sobrevenido a Europa en esta guerra, y acaso menos suavidad de la que mostraba el bondadoso exterior de Wilhelm Liebknecht; pero tiene una inteligencia clara y poderosa. Tiene un temperamento enérgico y una gran dosis de desdén. «¿Ha leído usted los artículos de Roosevelt sobre socialismo», le preguntaron al fin de una entrevista durante su viaje a Estados Unidos, en 1910. «Amigo mío: sólo discutiré aquellas opiniones que valga la pena de discutir». Tal fué su respuesta. Yo siempre siento respeto por el hombre que sabe medir a míster Teodoro Roosevelt en su justo valor. La entereza que demostró hace menos de un año cuando hizo en el Réichstag aquella célebre denuncia de los métodos de corrupción practicados por Krupp, denuncia que dió por resultado el juicio y la condena de altos oficiales, ha encontrado ahora un campo mucho más amplio donde manifestarse.

Los dos reyes de Potsdam surgirán de la guerra en una relación muy diferente de la que existió entre los dos en el pasado.

El militarismo que sostenía el régimen despótico del Káiser quedará desacreditado: esperemos, que de él sólo quedarán las ruinas. Sobre esas ruinas se erguirá Karl Liebknecht como la figura democrática más poderosa de Europa. Esperemos, que bajo su inspiración su patria no será ya una amenaza para el mundo, sino un baluarte del liberalismo en la Europa occidental.

A. G. GARDINER.

De *Hispania.*